



LA CULTURA EN LOS ORÍGENES DE LA CIUDAD

José Rodríguez Molina

Universidad de Granada

El nacimiento de la ciudad europea, entre los siglos XI y XIII, se caracteriza por su progresiva apertura a los aires procedentes de mundos diversos y desconocidos hasta ese periodo de tiempo. Auge económico y crecimiento demográfico orientan lo más dinámico del mundo rural hacia los núcleos urbanos, y éstos se convierten en puntos de convergencia de gentes, objetos e ideas, llegados por caminos diferentes –terrestres, fluviales o marítimos–, que enlazan espacios de marcado interés comercial. Su población experimenta las beneficiosas influencias de esos impactos, que acaban por producir una notable mutación de la vida material, el despertar de nuevos intereses y la adaptación a ellos de las enseñanzas, que ponen las bases de un profundo cambio mental. *La ciudad de Dios* de San Agustín, fuertemente impregnada por sus ideas neoplatónicas, deja paso a la más terrenal y secularizada, cuya cultura racional, sin romper drásticamente con aquella tradición, expresada en la fe, se ocupará del conocimiento del hombre y de la naturaleza, que empieza a considerar como valores en sí, y no meros referentes de realidades superiores y eternas.

Las nuevas vivencias fomentan la independencia y libertad de las incipientes ciudades respecto del mundo feudal dominado por señores laicos y eclesiásticos y se exhiben en la construcción y adorno de las catedrales góticas, escenario de manifestaciones plásticas, litúrgico-dramáticas, o de espontáneas fiestas que, como en el mundo exterior de calles y plazas, giran en torno a la bondad de la naturaleza.

El final de una sociedad cerrada y escasa de iniciativa, deja paso a otra más abierta y dinámica, que empieza a despuntar con importantes cambios económicos y sociales. En torno al año 1000 se detectan movimientos de despertar y desarrollo en Europa, que “despojándose de su vetustez”, se muestra, en palabras del cronista Raoul Glaber, “revestida por todas partes con un manto blanco de iglesias”. La construcción en Francia, entre 1050 y 1350, de más de 80 catedrales, 150 grandes iglesias y 30 ó 40.000 templos parroquiales, ratifica la fiebre constructora del periodo.

Tuvo mucho que ver en ello el cambio feudal protagonizado por nobles y jerarquías eclesiásticas, que con sus exigencias de bienes a la población potenciaron el crecimiento económico que, en contra de sus mismos propósitos, introdujo cambios decisivos en la sociedad. El consumo *in situ* de los productos acopiados por sus dependientes fue suplantado por el traslado de los productos a centros de almacenaje cercanos a sus residencias. La necesidad de intercambiar artículos provocó el nacimiento de los primeros mercados junto a ellos (fauburgos o burgos) y la instalación de mercaderes y artesanos.

La incipiente oferta de variados artículos fomentó las exigencias de los señores y los deseos de mejores condiciones materiales por parte de la creciente población que, en busca de mejoras, acogen nuevas técnicas llegadas de Asia —la herradura y el estribo—, activan otras conocidas en Roma, pero nunca explotadas —el molino hidráulico—, acometen la rotura de nuevos espacios, practican abonados e imparten labores complementarias, lo que permite incrementar los rendimientos y duplicar la población entre los años 1000 y 1300.

La aplicación del freno bucal y estribo facilitaron el mejor control del caballo, al igual que la herradura y la collera rígida aumentaron su fuerza, como la del yugo frontal potenció la del buey. Ello multiplicó la capacidad de arrastre por cuatro. Los quinientos kg de carga permitidos a la carreta en el Imperio romano, se convierten en dos mil. El caballo, una vez y media más resistente, veloz y ágil que el buey, se impone en los campos de la Europa atlántica, más pesados que los mediterráneos, que siguen manteniendo el yugo de bueyes para su cultivo.

Un nuevo tipo de arado, la carruca descrita por Plinio en el siglo I, de reja disimétrica y vertedera, capaz de labrar surcos más profundos y voltear la tierra, se difundió por las regiones comprendidas entre el Rin y el Loira. Su pesadez exigió tiros de seis bueyes o cuatro caballos. El sur continuó utilizando el *aratrum* o arado romano, de reja simétrica de madera, a veces con punta cónica de hierro, capaz de abrir surcos poco profundos en los terrenos ligeros y accidentados de la zona mediterránea.

A semejanza de lo que ocurriera con la *carruca*, los romanos habían conocido el *molino hidráulico*, pariente de las enormes ruedas con las que extraían el agua para posibilitar el trabajo en las minas, pero la fuerza de trabajo esclava descartó su uso en las explotaciones. Iniciado el proceso descendente de la esclavitud, se empezó a recurrir al invento arrinconado hasta entonces, que se generalizó con gran rapidez. Según el *Domesday Book*, sólo en Inglaterra, a finales del siglo XI, había más de cinco mil molinos hidráulicos, lo que suponía una media de un molino cada 800 metros de corriente fluvial. Sus buenos resultados duplicaron el número de 1086 a 1300 y allanaron el camino al molino de viento de tradición persa que, en el siglo XII, aparece en algunos lugares como Ypres. El uso del nuevo invento se aplicó, no sólo a los granos, sino también al tundido de los paños y a las fraguas. Ello supuso un notable ahorro de mano de obra, pues la capacidad de molienda de grano de un molino de tipo medio equivalía a la de cuarenta hombres.

El nuevo cultivo de los campos se vio complementado por el mayor empleo del hierro en la confección de un utillaje más duradero y eficaz, y por la aplicación de estercolados, al menos en las huertas próximas a las viviendas. Cavas, escardas y rastrijas periódicos aireaban las tierras y eliminaban la competencia de malas hierbas.

A medida que la población se fue concentrando en puntos concretos y los señores la controlaron y estabilizaron, el primitivo sistema de cultivos itinerantes, rentables a corto plazo, pero esquiladores de los suelos, fue sustituido por otro de barbechos más cortos –*año y vez*–. En la Europa húmeda se fue imponiendo la *rotación trienal*, con la hoja de tierra dividida en tres porciones, una en descanso o barbecho, otra para cereal de invierno y una tercera para cereal de primavera –avena– o leguminosas –habas, guisantes, garbanzos y lentejas–. Su producción era un 40% mayor que la del sistema de rotación bienal y diversificaba los beneficios: se obtenía forraje para los animales de tiro, aumento de fertilidad mediante el cultivo de las leguminosas y ricos aportes de proteínas vegetales a la población.

El auge de la población y la creciente ambición de los señores demandaron mayores espacios productivos. Roturación de bosques y desecación de marismas llenaron de diques y drenajes el Valle del Po y la costa central del Mar del Norte –Flandes y Zelanda–, e impulsaron una viva e importante actividad colonizadora en tierras nuevas de la frontera este de Europa y en el Valle del Duero y la Plana de Vich, por el suroeste.

Los excedentes producidos por tales mejoras liberaron del trabajo agrícola a numerosos brazos, que se pudieron dedicar a tareas artesanales y comerciales. Una nueva cultura material irrumpía con fuerza en las incipientes ciudades.

Excedentes proporcionados por el avance de las nuevas tecnologías agrícolas permiten incrementar y diversificar los intercambios. La creciente demanda fomenta el tránsito de la denominada por Duby economía de regalo, propia de los obsequios de los aldeanos a los señores y de éstos entre sí, a la economía de beneficio, basada en el cambio de productos y manufacturas por moneda. La gran aldea rural, que todavía es la ciudad, experimenta notables transformaciones.

La que empieza acogiendo al buhonero ambulante —el “pies polvorientos” de Inglaterra—, construye una sociedad organizada de comercio, cada vez más dinámica y de mayores alcances, que empuja a los mercaderes de Venecia, Pisa o Génova hasta Bizancio, Alejandría, los puertos de Siria, y hasta la ignota China, en busca de nuevos productos y manufacturas. Se agrupan éstos en sociedades para el comercio de larga distancia. El proceso se desarrolla desde la más simple *Commanda*, con aportadores de capital y mercader que realiza el viaje, a la *Compañía*, en que los capitales eran depositados en manos de los grandes negociantes ya constituidos en banca, como los Tolomei y Buonsignori de Siena. Otros se constituyen en gildas o hansas, buscando la protección de sus miembros, como ocurrió en la Hansa de las ciudades germánicas con capital en Lübeck.

Con la activación del comercio se estimula la industria, productora de géneros demandados en otras partes, y el trasvase de aldeanos a los núcleos urbanos en busca de nuevas condiciones laborales. Emergen las primeras tentativas de organización del trabajo artesanal, que fomentan el espíritu de asociación en defensa de los intereses laborales, de donde surgirán las hermandades y cofradías, que repercuten vivamente en la organización de otros ámbitos ciudadanos, como la autonomía municipal y universitaria.

Rudimentarios medios de transporte son enriquecidos con la recua de acémilas, para cuya guía se construyeron en Soria cofradías de arrieros, a semejanza de la que funcionaba, a finales del siglo XIII, entre la Granada musulmana y Castilla. El mal estado de las vías terrestres aconsejó, cuando las circunstancias lo permitieron, el uso de la navegación fluvial que ofrecía notables ventajas sobre ellas: barcas, con mayor capacidad que las carretas, permitían evitar los bosques infestados de bandidos y las zonas pantanosas. A pesar de la construcción de molinos y puentes y de los numerosos peajes fluviales, se convirtieron en rutas muy utilizadas el Támesis, Sena, Rin, Danubio, Po, Oder, eje formado por Mosela-Mosa-Ródano, y en menores proporciones, pero con viva actividad, el Ebro o el Guadalquivir. Las marítimas fueron las vías mercantiles, donde los grandes mercaderes forjaron sus fortunas. Sin peajes, molinos ni azudas, se acogieron a ellos las expediciones navales con mercancías más voluminosas que, provistas de nuevos sistemas de orientación

y navegabilidad –brújula, timón de codaste y vela latina–, evitaron mediante singladuras de cabotaje, temporales y ataques piratas. El aumento del tamaño de las embarcaciones, desde finales del siglo XII, posibilitó el transporte por la galera mediterránea o la coca atlántica de doscientas toneladas de carga, en una sola vez, equivalentes al realizado por una recua de 1.000 acémilas.

Los sistemas de pago saltaron desde el trueque a las acuñaciones monetarias para establecerse en los complejos documentos de crédito comercial. La cantidad de metales preciosos disponible, escasa en tiempos de Carlomagno, aumentó entre los siglos X y XI, gracias a la desamortización producida por los saqueos vikingos y húngaros y el aflujo de monedas musulmanas y bizantinas, fruto, en buena parte, de saqueos o tributos exigidos a pueblos islámicos. La explotación de las minas europeas y la proliferación de cecas en manos de señores aceleró de tal modo la circulación de la masa monetaria, que los diferentes países y ciudades porfiaron con saneadas acuñaciones de plata y oro, hasta poner en circulación florines, ducados o doblas. Con la moneda se inicia un cambio constante de las formas de pago: el préstamo de judíos o mercaderes lombardos, con elevados intereses por encima del 40% anual, aconsejó el recurso al crédito, obtenido en las primeras tablas o bancos. Los cambistas genoveses pusieron las bases de un comercio del dinero ágil y permanente. Los depósitos confiados por los clientes, a cambio de intereses, eran negociados, ofreciéndolos a los comerciantes. Se aceptaron giros entre cuentas de distintos clientes y, en el siglo XIII se implanta el “contrato de cambio”, que no sólo exoneraba al viajante del peso material de la moneda, sino que servía para encubrir operaciones de crédito. El proceso daba origen a la letra de cambio al filo del siglo XIV.

Era una nueva cultura material desconcertante en sus comienzos para señores laicos y eclesiásticos, que temían la subversión del orden establecido. La Iglesia, controladora del orden social, se oponía a la introducción de cualquier mutación en aquella sociedad tripartita de *Oratores*, *Bellatores* y *Laboratores*. Las razones formales en contra radicaban en el cobro por parte de los mercaderes de cantidades de dinero, en función de la demanda, por encima del precio justo del producto y de los gastos del transporte, y en la exigencia de intereses por el dinero prestado, que identificaba con la usura. Su ética no podía permitir tales desajustes. Pero las razones profundas de tal oposición eran con probabilidad otras muy diferentes. El sistema vigente, que consideraba dispuesto y querido por Dios, era muy favorable a sus intereses, centrados en los diezmos y rentas del campesinado. Notables donaciones de bienes por parte de los mercaderes a catedrales y monasterios, suavizarían la hostilidad, y el prestigio de aquellos propició que su actividad fuese plenamente aceptada por señores laicos y eclesiásticos, que se integraron en el sistema, imponiendo su propia fiscalidad sobre la circulación de las mercancías, con una gran variedad de peajes.

Las condiciones creadas por la nueva vida material despiertan en artesanos y mercaderes aspiraciones de independencia, libertad y capacidades participativas en la gestión de sus lugares de residencia. Éste sería el sentido de la frase, “el aire de la ciudad hace libre”, acuñada en tierras alemanas. Sometidos como los campesinos al control de un señor, que les exigía el pago de determinados impuestos, desarrollan, en cambio, una actividad autónoma, en defensa de la cual se asocian, y sienten la necesidad de reclamar mayor participación en el orden social diseñado por los nobles y la alta clerecía. La conquista de “libertades” o “franquicias” urbanas estuvo presidida por los pactos entre el *palatium* del señor y el *concilium* de los vecinos, que, poco a poco, fueron arrancando concesiones concretas. El resultado de los acuerdos era puesto enseguida por escrito en un texto oficial —la Carta— al pie de la cual el señor laico o eclesiástico estampaba su sello. La versión de ésta en las ciudades castellanas, sometidas a peculiares circunstancias fronterizas, fue la dotación de fueros y privilegios.

Medios empleados y resultados obtenidos variaron según las ciudades: en unas, las acciones se desarrollaron con calma, en otras, fue necesario protagonizar revueltas, como en Laon, en 1112, o en Santiago de Compostela y Sahagún, entre 1115 y 1117. La codicia y torpes burlas del obispo Gaudry (1112), en Laón, ante la Comuna de la ciudad que le había comprado su Carta de libertades, le costaron la muerte violenta a manos de los burgueses enardecidos.

Las Cartas de reconocimiento de libertades, concretadas en diversas exenciones económicas y municipales, se generalizaron por doquier, permitiendo a los concejos poner en práctica las competencias reconocidas a cada Comunidad. Ciudades y burgueses fomentaron la unión entre sí, potenciando de esta manera su fuerza reivindicadora, que les llevó a participar en los mismos Parlamentos o Asambleas de gobierno nacionales. Así lo muestra la Carta Magna de las libertades inglesas (1215), donde los burgueses ocuparon un digno lugar en la Cámara de los Comunes, y así empezaron a funcionar los representantes de las ciudades en las Cortes Castellanas, desde finales del siglo XII.

Pero no todo fue tan lineal en el ejercicio participativo. Numerosas ciudades terminaron por formar un señorío colectivo, con aldeas sometidas bajo su poder y el control de monopolios de molinos y tiendas. Tampoco tuvieron todos los habitantes los mismos derechos. El poder fue acaparado por los más ricos de entre ellos, produciendo acentuados desajustes entre los comerciantes enriquecidos y los grupos no privilegiados, muchos de cuyos miembros caían en la peor marginación e, incluso, miseria. El proceso encontró, en consecuencia, la firme oposición de los grupos no privilegiados —el “popolo minuto” de las ciudades italianas—, que reclamó, a su vez, de los poderosos burgueses participación, libertades y derechos

ciudadanos. La dinámica reivindicadora se expresa en los incesantes conflictos registrados en distintas ciudades europeas, en la segunda mitad del siglo XIII y primera mitad del siglo XIV. En estrecha relación con ella están los movimientos de pobreza voluntarios que reaccionaron contra la segregacionista organización social. Impulsados éstos por habitantes de las ciudades o mercaderes convertidos, como Pedro Valdo o Francisco de Asís, hijo de un poderoso mercader, lucharon sinceramente desde su profunda fe cristiana contra las riquezas acumuladas por los poderosos mercaderes de las ciudades y a favor de los pobres. Francisco ponía de manifiesto la igualdad de todos los hombres ante Dios, destacando el amor al hombre, frente a la suntuosidad, y el valor de la naturaleza, frente al artificio.

LOS CAMBIOS MENTALES

Las diversas transformaciones generadas, propiciaron el despertar y desarrollo de un pensamiento independiente, que abre las puertas a una nueva cosmovisión. Desde su independencia y libertad las ciudades acogen y ayudan a escuelas, donde empieza a cultivarse el pensamiento racional y autónomo, que permite descubrir el valor en sí del hombre y de la naturaleza, con sus correspondientes repercusiones en el mundo del arte, de las letras y de las manifestaciones festivas, elementos constitutivos de lo tradicionalmente considerado como cultura.

Escuelas urbanas, fruto de la progresiva secularización de las episcopales y de la nueva savia aportada por las municipales, abren el camino a las universidades, en cuyo seno, el pensamiento racional se va desarrollando mediante el uso del método dialéctico, que practican señeras personalidades, ayudadas por la cada vez más depurada obra de Aristóteles.

Los conocimientos tardorromanos acopiados en las ricas librerías monásticas, durante los renacimientos carolingio y otónida, por medio de sus *Scriptoria*, permitieron entroncar con los antiguos Trivium y Quadrivium, que habían sido mutilados por el método educativo reinante, que fijó el eje principal de su estudio en las Escrituras y Textos Patrísticos, descartando el razonamiento en aras del método de la *Lectio*, o lectura de un fragmento sagrado, sin más comentario que una superficial glosa.

Fue tarea de las escuelas episcopales retomar los valores de ese mundo languideciente e intentar revitalizarlo. Dirigidas por un *maestrescuela*, nombrado por el cabildo catedralicio, contaron entre sus *magistri* a miembros de la clerecía local y a profesores llegados de otros lugares. La concesión de la *licentia docendi* correspondió al obispo, que la otorgó sin problemas, facilitando así el establecimiento de centros de enseñanza con un control menos estricto que el ejercido en las escuelas monásticas. Ello permite la proliferación de “Maestros Seculares” independientes

que, como Abelardo, hacen de la enseñanza un oficio e, instalados en una habitación alquilada a sus expensas, imparten enseñanza a cambio de una retribución por parte del estudiante. Fue, además, un despertar intelectual de carácter supranacional en el ámbito de la “Christianitas”, pues de Edimburgo a Palermo y de Colonia a Toledo existía una auténtica unidad cultural, donde maestros como Anselmo de Bec o Jhon de Salisbury originarios de una tierra, se formaban en otra e impartían sus enseñanzas en una escuela notablemente alejada de ambas. Este movimiento renovador posibilita, además, el alcance de sus enseñanzas, no sólo a los miembros del clero, sino a los hijos de los burgueses.

Son factores que propician la especialización de cada grupo de escuelas en una determinada enseñanza. La episcopal de Chartres sería muy conocida desde finales del siglo XI, por su tradición humanística y cierto naturalismo, con figuras tan destacadas como el clérigo inglés Jhon de Salisbury (1115-1180), a quien la conjugación de los valores humanos de la educación clásica con la sabiduría cristiana, le ha valido el calificativo de “Erasmus del siglo XII”. La Escuela de París y la mayor parte de las situadas al Norte del Loira, se orientaron al estudio de la Dialéctica y de la Teología. La primera adquirió categoría de método universal para explicar la verdad de la Teología. Pedro Lombardo, obispo de la ciudad (s. XII), acuñaría el método de supeditación de la Filosofía al servicio de la Teología –*Philosophia ancilla Theologiae*–.

En el nuevo escenario cultural surgen escuelas municipales en Italia, cuyo tipo de enseñanzas pretende responder a las necesidades de los comerciantes y de los ciudadanos, en general. Algunas Comunas, espoleadas por la dinámica, se hicieron cargo de las escuelas episcopales de sus ciudades, como ocurrió en Parma, Módena, Reggio y Cremona. De estas escuelas dirigidas por las autoridades municipales, nacen los estudios especializados de Medicina en Salerno, de Derecho en Bolonia y de Cálculo en Pisa. Responden al creciente valor que, a nivel popular, toma el conocimiento, tan necesario para el desarrollo del comercio y de la artesanía. Los jóvenes realizan su aprendizaje en talleres, junto a maestros, o de la mano de expertos mercaderes. El interés con que se acogió el libro de Marco Polo, *Il Milione* o *Libro de las Maravillas del Mundo*, contando sus viajes y descubrimientos por la lejana China, es el mejor exponente del proceso.

La progresiva secularización de la escuelas urbanas acaba por implantar sus propios medios de expresión y de pensamiento, adaptándolos a las necesidades de los ciudadanos. La lengua latina hablada y escrita deja paso a una progresiva implantación de las lenguas vernáculas. La escritura dejó lentamente de ser patrimonio exclusivo de una minoría clerical para serlo también de algunos laicos, que la emplearán en sus libros de cuentas, en su correspondencia y en obras literarias.

La reflexión intelectual aplicó el uso del método dialéctico a todos los problemas planteados al intelecto humano, lo que implicaba riesgos para la fe y

la autoridad, asentadas en el método de la *Lectio*. La enseñanza repetitiva, obsesionada por transmitir incólume un depósito de saber, en especial, Bíblico, que había sido característica de las Escuelas Monásticas, fue cambiada por otra, cuyo fin era buscar la verdad mediante la exposición de argumentos. La *Lectio* se vió seguida de la *Questio* o exposición de una cuestión, sometida a un debate argumentado –*Disputatio* o *Quodlibet*–, de la que se extraía una *Conclusio* o *Sententia*. El método buscó apoyos en la filosofía aristotélica y acabó imponiéndose con la creación de las universidades, donde el pensamiento razonador e independiente adquiere carta de naturaleza.

Se venía utilizando desde el siglo XI, en que Berengario de Tours abrió la trascendental polémica sobre la transubstanciación, que le llevó a negar la presencia real de Cristo en la hostia. Lejos de ser descartado, salió potenciado del debate. Lanfranc, contrario a Berengario, afirmó que si era utilizado correctamente no suponía obstáculo alguno a los misterios de la fe, antes al contrario, los confirmaba. San Anselmo (1033-1109) discípulo de Lanfranc, trató incluso de penetrar mediante la Dialéctica en unas verdades ya mantenidas previamente: “Comprender mediante la razón lo que captamos mediante la fe”. Se mostraba así como precursor de la Escolástica, que unía estrechamente el respeto de autoridades y el principio de la discusión.

Un paso decisivo en este camino fue el dado por el maestro independiente de París, el bretón Pedro Abelardo (1079-1142), definido como un racionalista –el “Descartes del siglo XII”–. Él, sin embargo, no pretendía otra cosa que la verdad controlada y demostrada por la primacía de la razón, sin negar el depósito de la fe. Buscaba la armonización de las “autoridades” patrísticas y la especulación racional sobre el dato revelado, en función de la “Teología”. La primera vía le llevó a la composición del “*Sic et Non*”, de 1122, con el que daba al pensamiento occidental su primer discurso del método. Constatando el desacuerdo existente entre los Padres en torno a determinados problemas y a sus contradictorias respuestas, ya que uno decía blanco –*Sic*– donde el otro decía negro –*Non*–, capta la necesidad de recurrir al razonamiento en busca de cierta armonía. Estaba en línea con las preocupaciones de la época que en el campo del Derecho canónico llevaron a Graciano a componer su *Concordantia Discordantium Canonum*, hacia 1140. La especulación sobre el dato revelado no pretendía alimentar el escepticismo, sino despejar el terreno para una sistematización de la fe.

Fue el precursor de Pedro Lombardo, obispo de París (s. XII), uno de los más destacados en la utilización de la Lógica al servicio de la Teología, y de Santo Tomás de Aquino, que con mejor instrumental intelectual acometería el intento de nuevo y con mayor éxito, en la segunda mitad del siglo XIII.

Pero el afán de saber de las ciudades y de las escuelas urbanas, en el siglo XII, encontró un duro enemigo en San Bernardo (†1153), abad del monasterio de

Claraval, polo opuesto y acérrimo contradictor de Abelardo. Mostró una actitud abiertamente contraria a la intelectualidad, contraponiendo la oración y el trabajo manual a la actividad intelectual. “Tú encontrarás mucho más en el bosque (monasterio) que en los libros”, era el consejo dado a los estudiantes. Y en su lucha contra Abelardo, le recordó que llegaría más seguramente a la verdad “orando quam disputando”.

Su gran influencia ante el Pontífice, los reyes y la sociedad europea del momento, facilitaron sus intrigas ante el Papa para que Abelardo fuese condenado. El ya perseguido autor de la *Historia Calimitatum Mearum* fue presa de la encerrona de un tribunal, reunido en Sens en 1141, completamente manipulado por el Cisterciense y decidido de antemano a condenarle. El luchador vencido moría en su apacible refugio de Cluny, en abril de 1142.

No cesó, sin embargo, la búsqueda de un método de pensamiento racional, que puso en contacto a los pensadores europeos con las obras de los grandes sabios de la antigüedad griega, perdidas en Occidente durante las Invasiones Germánicas. Entre 1120 y 1220 numerosos centros de traducción –“Escuelas de Traductores”– estuvieron situados en puntos de contacto entre el mundo latino y el mundo bizantino e islámico: Sicilia, Palermo, Reinos Hispánicos –ciudades del Valle del Ebro y Toledo–. Ello les permitió contar con obras del filósofo y sabio Aristóteles, del matemático Euclides, del astrónomo Ptolomeo, de los médicos Hipócrates y Galeno.

La labor de estos traductores depuró cada vez más la obra original de Aristóteles de adherencias neoplatónicas, permitiendo en el siglo XIII una mayor potenciación del pensamiento racional. En el proceso resultó de gran valor la actividad desarrollada por dos hombres nacidos en Córdoba: Maimónides, médico y filósofo judío, y el musulmán Averroes, contemporáneo suyo. Ambos despejaron de impregnaciones neoplatónicas la obra del pensador griego. El primero trató de conciliar en su *Guía de Descarriados* la razón aristotélica con su fe, lo que intentaría en su ámbito Santo Tomás. El segundo planteó con toda firmeza el valor de la Filosofía como instrumento de búsqueda de la verdad al margen de los anteriores intentos de subordinarla a la reflexión teológica, lo que suscitó el entusiasmo de los “averroístas latinos” y las profundas discrepancias y condenas de la jerarquía eclesiástica.

LAS UNIVERSIDADES CULMEN DEL PENSAMIENTO INDEPENDIENTE

Los esfuerzos realizados en la puesta en práctica del método dialéctico y la progresiva introducción del aristotelismo, allanaron el camino a las universidades, prolongación transformada de las más importantes escuelas urbanas.

La asociación (*universitas*) de maestros y estudiantes en defensa de sus derechos, traducción del movimiento corporativo artesanal de las ciudades a la esfera del trabajo intelectual, nació, unas veces, siguiendo la herencia de las preexistentes escuelas episcopales (París y Oxford) o urbanas (Bolonia), sin que faltaran las creadas *ex novo* (Salamanca). Como las otras corporaciones, buscan independencia y libertad, consiguiendo entre otros privilegios la *licentia docendi*.

Sus anhelos de escapar de la tutela más cercana del obispo o de la misma Comuna, en busca de mayores cotas de autonomía, les aconsejó buscar el apoyo más lejano de soberanos o del Papa. Éste, a cambio de reconocimientos y concesión de privilegios, impuso la primacía de jurisdicción, que suponía el control de la enseñanza y de la investigación frente a los peligros de las herejías. París fue orientada por los papas a ser un centro de estudios Teológicos, donde realizar el viejo ideal de Pedro Lombardo, poner la Filosofía al servicio de la Teología.

Los métodos de trabajo de las Universidades europeas fueron consolidando los iniciados por las escuelas urbanas: potenciación de la lengua vulgar, uso del libro por los alumnos, bien consultado en bibliotecas, ya adquirido en librerías, y la práctica del método escolástico, que se impuso definitivamente con el empleo riguroso del vocabulario y la capacidad razonadora a través del uso del silogismo, en el ejercicio ya aceptado de la *Lectio, Questio-Disputatio y Conclusio*.

El entusiasmo por el uso de la Dialéctica, durante el siglo XIII, oscureció en París el interés por los clásicos y por la naturaleza. En ciertos grupos de pensadores condujo a un aparente divorcio entre razón y revelación, pues el pensamiento racional invadió campos antes reservados a la Teología, como el estudio de la creación, la naturaleza e incluso la inmortalidad del alma. En otros medios, la Teología se convirtió en objeto de una auténtica “reflexión filosófica”, en la que se aplicaron sistemáticamente las categorías lógicas y metafísicas de Aristóteles en un intento de armonizar fe y razón, como muestran los esfuerzos de Buenaventura (†1274), Alberto Magno (†1280) y Tomás de Aquino (†1274). Las disputas provocaron tempestades y soluciones opuestas. La reacción de la Iglesia se deja ver, en 1277, cuando el obispo de París abre una temible crisis intelectual con su condena de 219 tesis, dirigida contra los averroístas, entre las que se incluyen varias de Tomás de Aquino, muerto tres años antes, y algunas del franciscano Roger Bacon. En todo caso, los intensos debates y profundas reflexiones alumbraron varias tendencias de pensamiento racional, dos de las cuales marcarían sólidas pautas para el futuro.

Una, Científico-Natural impulsada desde Oxford por la figura de Roberto Grosseteste (1175-1253), abre vías de estudio a la Óptica, las Matemáticas y la Astronomía. Su discípulo, Roger Bacon (1210-1294), franciscano en su madurez, y docente en Oxford, opuesto al método escolástico, que vio en París, considera

que el conocimiento de la verdad puede alcanzarse también a través de la experiencia de la realidad externa. Cree indispensable recurrir para ello a una multitud de conocimientos positivos –lenguas extranjeras, matemáticas, ciencia experimental–, que pueden proyectar luz sobre los mismos textos inspirados. Este recurso a la experiencia coloca a Bacon entre los iniciadores del movimiento científico. Sus tesis en materia astronómica fueron incluidas en la famosa condenación de 1277.

Otra constituyó una verdadera revolución del pensamiento, en el siglo XIII, con la tendencia conocida como Aristotelismo cristiano. Daba por supuesta una distinción entre razón y fe, como dos mundos autónomos, susceptibles de combinar mediante un aparato conceptual común. Alberto Magno (1206-1280) distingue, aunque de forma poco sistemática, entre el mundo de la experiencia natural –minerales, plantas y animales–, considerado no sólo como vestigio o imagen de Dios, sino como realidad con interés por sí misma, y el mundo de la Teología (revelación), en cuya explicación debe ayudar la razón. Tomás de Aquino (1225?-1274), en línea con Anselmo, Abelardo y el obispo de París, Pedro Lombardo, partiendo del principio de que la gracia completa a la naturaleza, pero no la destruye, pone la razón filosófica en función de una clarificación de la fe, realizando así la integración del Aristotelismo. Para él, como para su maestro, dominio temporal y espiritual son autónomos, cada uno en su orden, aunque jerarquizados: es lo que sintetiza en la *Summa Theologica*.

SECULARIZACIÓN PROGRESIVA DEL HOMBRE Y DE SUS ESPACIOS

Frutos del pensamiento independiente y de las constantes experiencias de los mercaderes fueron la implantación de una progresiva secularización en los distintos ámbitos de la vida, desde la toma de conciencia del hombre con capacidad para conocer y controlar la naturaleza, a la concepción del espacio, del tiempo y las manifestaciones festivas, pasando por el gran escenario ciudadano que son las catedrales góticas.

Toma conciencia el hombre de su ser, distinto de la naturaleza, capaz de entender las leyes que la rigen y, en consecuencia, con poder de controlarla. El optimismo sobre la bondad de la naturaleza (presente en Francisco de Asís) y de la facultad del hombre para incidir en ella (Roberto Grosseteste, Roger Bacon, Alberto Magno y Tomás de Aquino) propicia la interpretación del pasaje de Adán y Eva en el Paraíso, no como simple lugar de prueba, sino como espacio que el hombre debe cultivar. Dios los puso en él para que lo cultivasen. La Historia se manifiesta, así, como progreso del hombre y de su obra, sintetizada en la famosa frase atribuida a Bernardo de Chartres (s. XII): “Somos enanos a hombros de gigantes y si alcanzamos a ver más que ellos no es por nuestra propia estatura, sino porque nos llevan sobre sus hombros gigantes”. Es la recuperación del valor que tanto el hombre como la naturaleza, sobre la que ha venido actuando, tienen por sí mismos.

También exteriorizan su entidad el individuo y el grupo familiar. El primero, mediante el análisis de sí mismo. La obra de Abelardo titulada *Scito te ipsum* forma parte de una reflexión autobiográfica, junto con la *Historia Calamitatum Mearum*, y constituye un hito importante en el nacimiento de la conciencia individual. La tendencia se hace presente en el reconocimiento frecuente de autoría de obras, entre otros rastros que se podrían seguir. Despuntan las historias familiares –literatura genealógica y heráldica– y el patronímico fija al individuo en una familia. Las mismas casas de la ciudad contarán con emblemas distintivos –gallo, enseña artesanal, signo cerámico–, mientras llegan los números bien entrado el siglo XVII.

La territorialización de los estatutos personales y gremiales, a la que aspiraban los mercaderes y los habitantes de las ciudades, favoreció la recepción del Derecho, que sirvió para ordenar las normas de convivencia en la ciudad y en la cofradía, fijar los contratos, tan necesarios para los burgueses, y moderar la representación en el autogobierno de la comunidad, al margen de la palabra cortés que seguirá fijando los acuerdos de los nobles. Los contactos de los mercaderes con tierras lejanas y misteriosas de Extremo Oriente, demandan una explicación racional del espacio. La *Descriptio Mappe Mundi* de Hugo de San Víctor (1125) reemplaza las consideraciones de tipo alegórico –el país del imaginario Preste Juan– por una observación del mundo real. La Cristiandad latina toma conciencia de su limitación real con bizantinos, musulmanes y otros pueblos paganos.

El tiempo, tradicionalmente marcado por los ciclos litúrgicos de la Iglesia y por el recitado en común del oficio divino –las horas canónicas comprendidas entre maitines y completas, que las campanas se encargaban de recordar–, empezó, muy lentamente a secularizarse hasta llegar, en el siglo XIII, a nuevas formas de medida. La actividad de comerciantes y artesanos no podía atenerse a los ritmos señalados por las campanas, necesitaba un tiempo siempre idéntico, que sólo podía marcar un ritmo mecánico. Ese tiempo del mercader, regulado por el reloj público, fue el que se impuso en las ciudades europeas, presidido por los teatrales montajes de los relojes de sus ayuntamientos, hoy convertidos en espectáculo del pasado.

Catedrales e iglesias se convierten en manifestadores de los nuevos rasgos culturales, tanto en su arquitectura como en su decoración, ofreciendo un escenario, donde los fieles dramatizan sus nuevos cambios mentales y donde la naturaleza toma especial protagonismo.

Numerosas catedrales góticas se fueron levantando, desde mediados del siglo XII, en las ciudades más destacadas, con ayuda de la burguesía. Sus nuevas formas constructivas hablan de luz y esperanza, pese al despectivo calificativo de “gótico”, acuñado en la Italia del siglo XVI. La bóveda sobre ojivas cruzadas,

apoyadas en cuatro fuertes pilares y sus correspondientes arbotantes, permitió a los arquitectos abrir en los muros anchos y altos ventanales capaces de inundar el interior de luz, color y alegría. Disipan el sobrecogedor mundo de demonios que incitan a pecar o torturan a los hombres, y potencian los adornos con motivos de la naturaleza, vírgenes, santos, y escenas de la vida cotidiana. Las portadas expulsan de sus paneles, tímpanos y arquivoltas a los animales fantásticos y monstruosos, llenando su vacío con escenas del trabajo en el campo, en el taller o en las actividades mercantiles, creando así lugares apacibles, donde reina la serenidad y la confianza. Es la naturaleza el lugar donde se inspiran los artistas, a semejanza de la nueva espiritualidad de San Francisco que ama a los animales, predica a las golondrinas y canta al Sol, a la luz, a los pájaros y a las flores, creaturas del Buen Dios. No es el Juicio Final y el implacable Pantocrátor Justiciero el catecismo en imágenes que han de aprender los iletrados, sino que se difunde la pedagogía del perdón y de la esperanza, que inspira el Buen Dios de la catedral de Amiens, que bendice a la multitud, la Virgen de las portadas siempre dispuesta a interceder por el pecador o el David de la Puerta de las Platerías de la catedral de Santiago, que toca con regocijo la cítara. Mensaje transmitido, asimismo, por las iglesias italianas de influencia bizantina, como San Marcos de Venecia y las pinturas llenas de dulzura y encanto de Simone Martini en un templo de Siena.

Los dramas litúrgicos representados en su interior son mensajes de esperanza, ternura y exaltación humana. Los primeros tropos conocidos anuncian la nueva mentalidad de resurrección y vida, contenida en El *Victimae Paschali laudes inmolent christiani*, en que la Magdalena da testimonio del sepulcro de Cristo vacío y de la gloria del Resucitado. La escenificación de dramas sagrados por profesionales laicos, como el Nacimiento en Navidad y la Adoración de los Reyes en Epifanía, se transforman en los llamados misterios, conmemorados en el interior de los templos, como el de la Asunción de María. *Representaciones de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo e otros auctos e remembranzas de la resurrección*, acaso sean los ancestros del humanizado drama de la Pasión procesionado en Castilla y Andalucía.

Sirven también de escenario al renacimiento de antiguos ritos festivos paganos, en estrecha relación con la naturaleza, que habían sido cristianizados con los grandes acontecimientos litúrgicos de Navidad, Pascua, etc. Son signos, a nivel popular, del desenfado protagonizado desde el siglo XII por clérigos errantes, los goliardos, quienes en pequeñas canciones satíricas, mordientes y divertidas –*Carmina Cantabrigensia* o de Cambridge y *Carmina Burana*, del monasterio de Bauern–, traducen, sin más, los nuevos aires de vida. Las Fiestas de los Locos, típicamente clericales, procedentes de las Saturnalia romanas, se concretan, el día de los Inocentes, en la del Obispollo, crítica a los poderes detentados por las jerarquías eclesiásticas. La explosión de alegría se acompañó de abundantes excesos, en los que participaban clérigos de la catedral mezclados con la multitud, creando un

tumultuoso encuentro, donde se mezclaban almuerzos y representaciones, juegos y cantares, predicación de cosas deshonestas y difusión de “ágiles sucios”, perros o incienso con cosas malolientes. La Fiesta del Asno, en memoria del que, según la tradición, llevó a Egipto a la Virgen y a Jesús; la procesión del Arenque, protagonizada por los canónigos de Reims, y muchas fiestas de santos, terminaban en comilonas, borracheras, bailes, danzas, cantares o la sorprendente costumbre de acostarse a dormir desnudos en el interior de los templos.

En espacios campestres se producía cada año, el día de San Juan, afluencia de multitudes jóvenes en una eclosión de vida en torno al Mayo –palo erecto– símbolo de la fecundidad. Era la celebración del solsticio de verano, cristianizada con el mayo mariano o la fiesta de la Cruz.

Es la expresión del renacer de la naturaleza y del optimismo pagano de la vida, que busca la diversión y la risa como manifestación de la luz frente a la oscuridad, de la vida frente a la muerte y que, con representaciones dramáticas o escultóricas, trató de contribuir a la provocación del conocido *risus paschalis*. El observador atento podrá detectar el resurgir de la nueva cultura no sólo en el David de las Platerías, expresión culta y delicada de la alegría urbana, sino que sabrá extraer el rico significado de una mentalidad nueva en los relieves de las sillerías de muchas catedrales y colegiatas. No le extrañarán, por tanto, los relieves en el apoyabrazos de los asientos de la catedral de Ciudad Rodrigo (Salamanca), con representación de los atributos del origen de la vida, genitales masculinos, tan enormes como orgullosos, que los artistas góticos esculpieron también en otros capiteles claustrales o tallaron en otras muchas sillerías o portadas de catedrales europeas, como la puerta de la catedral de Toulouse. Reflejo laico de esa actitud provocativa son algunas fachadas de ayuntamientos, como la de Saint Quintin, todo un catálogo de representaciones naturalistas, de las que brota un gran sentido del desenfado y de la risa.

La nueva cultura fomentó, de otro lado, el que plazas y calles de las ciudades se convirtiesen en escenarios de color y regocijos completamente secularizados. No sólo se celebraban fiestas tradicionales de fecha fija en cada tiempo del año, sino también las fiestas conocidas por la etnología como fiestas de circunstancias y, por tanto, móviles por naturaleza, como nacimientos, bodas, o victorias.

Autoridades civiles y religiosas acompañadas, con frecuencia, de ricos mercaderes celebraban banquetes, invitaciones, conciertos musicales, danzas, cantos y juegos de azar en los que normalmente participaban. Música, danza, suntuosas comidas y ejercicios equestres son las fiestas de la burguesía destacada. Se fomentan la representación de escenas variadas con presencia de locos y bufones en banquetes, o los desfiles de espectáculos que animan por doquier bodas, nacimientos y bautismos.

Casi todas las actividades festivas ponen en juego la participación física del actor. Del desprecio del cuerpo al que había que someter a una dura ascética para liberar el alma, a fin de que pudiese conectar con las realidades superiores, las ideas eternas neoplatónicas o agustinianas del monacato, se ha pasado a la revalorización del mismo, las cosas terrenales empiezan a cobrar su propio valor, es la cultura de las ciudades, la que difundirá el adagio *Mens sana in corpore sano*, que acabará por imponerse sobre el contrapuesto *soma sema*, el cuerpo una sepultura para el alma, de los neoplatónicos. Ello destaca en los juegos equestres, en la danza, en la montería, o en las corridas de toros hispanas, de gran afición popular.

BIBLIOGRAFÍA

- DUBY, G. *Estructuras feudales y feudalismo en el mundo mediterráneo (siglos X-XIII)*. Barcelona: Ed. Crítica, 1984.
- FOSSIER, R. *La infancia de Europa. Siglos X-XI. Aspectos económicos y sociales*. Barcelona: Ed. Labor, 1984.
- GAUTIER-DALCHÉ, J. *Historia urbana de León y Castilla en la Edad Media (siglos IX-XIII)*. Madrid: Ed. Siglo XXI, 1979.
- LE GOFF, J. *Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente Medieval. 18 ensayos*. Madrid: Ed. Taurus, 1983.
- RODRÍGUEZ MOLINA, J. *La vida en la ciudad de Jaén en tiempos del Condestable Iranzo*. Jaén, 1996.
- VOVELLE, M. *Ideologías y mentalidades*. Barcelona: Ed. Ariel, 1985.
- WHITE, Lynch. *Tecnología medieval y cambio social*. Buenos Aires: Ed. Paidós, 1973.